



Diez años  
sin el arte de  
*Héctor Xavier*

Dentro del estruendoso universo de las artes plásticas mexicanas, hubo un artista soberbio que prefirió guardar un discreto silencio. Sin embargo, como la famosa frase de André Maulraux, vivió las voces del silencio: las del dibujo y la pintura. Héctor Xavier en efecto hizo una sorprendente y perfecta obra desde la callada soledad del estudio. No parecía interesarle la venta de sus cuadros ni tampoco exponer con frecuencia. Se le recuerda por haber fundado, junto con Gironella y Vlady, entre otros, la galería Prisse, cuyo objetivo era estimular el desarrollo de un arte distante de la escuela mexicana de pintura y apoyarse en las obras renovadoras de algunas figuras europeas. Pero su obra va más allá de la creación de una galería, Héctor Xavier supo revolucionar el dibujo y llegó a una perfección y belleza que asombran y desconciertan.

Para muchos admiradores de Juan José Arreola, los dibujos de Héctor Xavier a lápiz hechos en el zoológico de Chapultepec, fueron realizados para el luminoso surgimiento del escritor. En realidad fue al revés. El libro *Punta de plata*, editado en reducido tiraje por la UNAM, era un hermoso trabajo al que Arreola le escribió brillantes textos, que al final pasaron al campo solitario de la literatura, ya sin ilustraciones: como *Bestiario*. Pero esto no es importante, lo fundamental fue la cooperación de dos artistas inmensos que produjeron un libro único, excepcional, que tendría que ser reeditado como tal.

Héctor Xavier tuvo una especial predilección por los animales, dibujó cebras, monos y búhos, pero asimismo exploró en los terrenos de la zoología fantástica e hizo unicornios. La parte erótica de su trabajo es una faceta admirable, cuya perfección asombra además de incitar al amor. Fue un artista revolucionario y hasta hoy apenas se le comienza a descubrir en su total dimensión. El poeta Marco Antonio Campos escribió unas hermosas líneas sobre el gran artista que vale la pena reproducir:

“Retraído y tímido y a la vez explosivo, habitando sombras, oscureciéndose y tomando la vida a carcajadas y mandándola mexicanamente al carajo, Héctor Xavier ha sido desesperadamente fiel a sus contradicciones y ha querido y ha llegado a ser el dibujante que habla más consigo mismo que con los demás. En prolongados silencios, pero con una constancia, donde no está excluido el desprecio valeroso del que se sabe un artista notable, y una coherencia calculada, ha hecho una obra y la obra lo ha hecho. Para que el leve dibujo sea más leve en el pico y el vuelo de los pájaros. Cuevas, Aceves Navarro y él han abierto las puertas y ventanas de la casa para que el dibujo sea tan notable como nuestra mejor tradición pictórica.”

Héctor Xavier fue una figura discreta, todo su poderío radicaba en sus prodigiosos dibujos. El escritor René Avilés Fabila, un cercano amigo suyo en los últimos años y entonces director del suplemento cultural *El Búho*, donde Héctor Xavier colaboraba habitualmente, relata su dosconcierto cuando en su estudio, en 1991, el artista le mostró cientos y cientos de maravillosos dibujos que no había querido vender. Con timidez los mostraba y guardaba silencio ante los elogios, uno de sus hijos, con voz tenue, respondía a cuestiones técnicas y al precio. Era desconcertante que Héctor Xavier tuviera reticencias para mostrar y vender su trabajo. En otra historia, estaba preocupado por el destino de algunas de sus obras, por ejemplo, respiró aliviado cuando supo que dos de sus tintas, Borges y Carpentier, ambas tomadas del natural, estaban en poder de su amigo René.

Ahora el Museo de Arte Moderno rescata algunos de sus trabajos para que nuevas generaciones de mexicanos conozcan el portento de su trabajo artístico: un trabajo perfecto, donde la belleza de los trazos no puede ser ni es real, proviene de un ser de asombrosa y lúcida magia. Su hermoso silencio, su discreta revolución estética, debe imponerse ya y no esperar más tiempo.